

III

MUY difícil me sería el pintaros la vivísima impresión que la señorita Pavelyn hizo en mi espíritu: mis padres mismos no reconocían ya en mí á su pequeño salvaje: mis ideas habían tomado cierta gravedad y era ya muy raro que se escapara de mi boca uno de aquellos gritos que antes lanzaba de continuo: cuando estaba en casa, me retiraba á un rincón de la cocina y estaba allí inmóvil, silencioso y con la mirada perdida en el espacio: tenía sin cesar ante los ojos la blanca y pura aparición que me sonreía, me estrechaba la mano y murmuraba cariñosamente á mi oído:

—Aprended pronto á hablar y entónces yo volveré.

Casi nunca quería jugar con mis hermanos, y huía igualmente de los muchachos del pueblo: pensar en ella, era la única ocupación de mi espíritu; repetir sin cesar en el fondo de mi corazón sus dulces palabras bastaba á mi vida.

Yo temo, amigo mío, que me acutseis en vuestro interior de exageración: semejante profundidad de sentimientos en un niño de once años, seguramente no os parecerá natural: sin embargo, vos, que mejor que nadie habeis conservado vivos los recuerdos de vuestra infancia; debéis saber que el corazón de un niño se deja enternecer mas fácil y mas profundamente que el de una persona en

quien la razón y la experiencia han apagado, mas ó ménos, la sensibilidad; verdad es que las emociones de los niños son de ordinario mas fugitivas; pero á mí, la ausencia de la palabra me colocaba en una situación excepcional y me reducía á una meditación solitaria: los mismos pensamientos se presentaban cien veces á mi espíritu, y por esta reacción continua de mi alma sobre ella misma, mi sentimiento adquiría una profundidad que hubiera sido extraño en un niño dotado de la palabra.

Los testimonios de afecto que la señorita Rosa me había dado, me habían inspirado un grande orgullo: y ya fuese este orgullo, ya el reconocimiento, ya una secreta simpatía, la imagen de mi bienhechora estaba sin cesar ante mis ojos, y todas las fuerzas de mi alma se concentraban para pensar en ella.

Esta distracción singular y la mirada incierta de mis ojos eran miradas por mis padres con síntomas muy tristes, y no les dejaban duda de que mi razón estaba herida de una debilidad incurable.

Alguna vez, cuando expresaban este temor, me esforzaba yo en hacerles comprender que se engañaban: mas para lograrlo, gritaba y me agitaba como antes, y esto no hacía mas que aumentar su pena y confirmar sus temores; y como mis gritos habían llegado á serme tambien desagradables, tomé aversión á estos inútiles esfuerzos de hacerme comprender por la palabra.

Todo volvió al orden natural entre mis padres y yo; bien pronto dejaron de ocuparse de mí, casi por completo; y, para evitar en lo posible á mi padre la penosa vista de su desgraciado hijo, mi madre me enviaba á la pradera con las vacas y pasaba sin entrar en casa dias enteros.

Allí, en una soledad completa, podía meditar y soñar desde el alba hasta que la aproximación de la noche me llevaba á casa; pero no pasaba los dias en la ociosidad: recordaba que mi bienhechora me había dicho:

—Aprended pronto á hablar y haced para mí unas figuritas.

Este último deseo podia yo cumplirlo fácilmente; mas ¡ay! el primero me era de todo punto imposible.

Su deseo era una ley, cuya inflexibilidad me espantaba, y á la cual, no obstante, yo queria obedecer, aunque me costase desgarrarme la garganta con mis esfuerzos.

Durante dos eternos meses me esforcé constantemente en repetir á lo ménos una vez, su nombre querido: hacia toda clase de gestos, contraia los lábios, me llenaba la boca de pedacitos de madera y movia rudamente mi lengua rebelde: mas aunque el sudor corria por mi frente, su nombre no queria salir de mis lábios, ni distintamente, ni aun mal articulado.

¡Cosa extraña! yo oia bien y podia juzgar del valor de los sonidos que producía: no habia ninguna inflexion de la voz humana que yo fuese incapaz de ejecutar, ninguna letra que no pudiese pronunciar: mas se hubiera dicho, que los nervios del aparato vocal, se habian roto y no podian obedecer á mi voluntad. Cuando queria pronunciar una letra, ó una palabra, otros sonidos acudian á mis lábios, y aunque me preparase durante horas enteras antes de dejar escapar un sonido, con la certidumbre de que la voz no engañaria mis esfuerzos, cada vez venia á herirme la misma amarga decepcion.

No exagero al deciros que muchas veces al dia derramaba lágrimas de desconsuelo: me arrancaba los cabellos y me dejaba caer en el suelo, rodando convulsivamente, con una desesperacion que se parecia, en efecto, á la mas completa locura.

Poco á poco me fué preciso reconocer mi impotencia y perder toda esperanza de saber hablar: entónces me puse triste é invadieron mi espíritu un gran desaliento y una extrema languidez: el sentimiento de orgullo que habia hecho nacer en mí la compasion de Rosa, me habia hecho

creer que alcanzaria á salir de mi estado de humillacion: esta consoladora, esta radiosa perspectiva se habia cerrado á mis ojos: una nube sombría habia ocultado la estrella brilladora que alumbraba mi porvenir: yo debia para ser siempre el mudo inocente la desgraciada criatura que no podia ni aun expresar su reconocimiento á los que le compadecian.

Mas de una vez permanecí aniquilado por esta terrible conviccion: en fin, cuando la última centella de la esperanza se apagó en mí, acepté mi triste suerte con resignacion, y un poco de paz volvió á mi alma.

Entónces empecé de nuevo á tallar con mi cuchillo figuritas de madera, pero no guiado por un sentimiento de orgullo ni por la esperanza de distinguirme de los demas muchachos de la aldea: me hallaba movido solamente por un sentimiento pasivo de reconocimiento y de deber: yo sabia que mi trabajo seria agradable á la caritativa señorita, y este era el único móvil de mi actividad.

En poco tiempo fabriqué bastantes estátuas: habia figuras que yo designaba con el nombre de vacas, caballos y corderos, aunque todas se asemejaban mucho entre sí, habia tambien en mi coleccion casas, iglesias, pájaros y hombres: pero lo que mas me agradaba, lo que miraba con profunda complacencia, era un guarda campestre con su gran sombrero puesto y el sable desnudo en la mano.

Habia yo conseguido, despues de muchas instancias, que mi madre me diese la llave de uno de los cajones de nuestra cómoda: allí encerré todas mis obras para no sacarlas hasta que Rosa llegase á Bodeghem: nadie podia ver estos productos de mi arte: ella sola, para quien yo los habia hecho, debia recibirlos de mis manos antes que ninguna otra mano profana los hubiese tocado.

Así se pasaron los meses: así llegó el invierno que debia preceder á su vuelta.

Hacia el año nuevo mi madre debía ir á la ciudad á pagar el término cumplido de nuestro arrendamiento; á fuerza de ruegos y súplicas la decidí á llevarse el guarda campestre y á prometerme que lo entregaria á la hija de nuestro amo.

Durante la ausencia de mi madre estuve dominado por una agitacion extraordinaria: corria al rededor de la casa y en los campos vecinos empujado por una viva inquietud: ¿qué diria Rosa de mi obra? ¿Se sonreiria al verla? ¿Se alegraria de que se la hubiese enviado? en todo caso, mi madre le hablaria de mí, y por su parte ella le diria que dijese en su nombre algunas palabras.

Me parecia en mi ansiosa espera que oía á Rosa pronunciar mi nombre, porque no podia ser otra voz que la suya, el timbre argentino que resonaba en el fondo de mi alma, que me hacia temblar y mirar al derredor mio como si la oyese murmurar con voz compasiva:

—¡Pobre Leon!

Desde el medio dia, ya me hallaba yo en el camino, y á mas de media legua de nuestra casa para ver si mi madre volvia: desde que la aperebí corrí á su encuentro y la pregunté con los brazos extendidos y los ojos brillantes, como habia sido recibido mi guarda campestre.

Mr. Pavelyn lo habia examinado con curiosidad y se habia reido de muy buena gana: Rosa se habia mostrado muy satisfecha y me enviaba mil gracias por mi regalo: añadiendo que en la próxima primavera vendria al castillo con sus padres y se alegraria en extremo de tener muchas figuritas de madera para jugar.

Mi alegría era inexplicable; y movido por mi emocion me puse á saltar y á gritar como lo hacia en otro tiempo.

Algunas palabras de mi madre, me calmaron súbitamente é hicieron desaparecer toda mi alegría: Rosa habia preguntado si el pobre Leon sabia ya hablar: esta pre-

gunta me recordó el sentimiento de impotencia y me llevó á la conciencia de mi desgracia.

¡Ay! la angélica niña me habia dicho:—Debeis aprender á hablar—y yo, pobre desheredado de este mundo, era tan mudo como cuando ella vino á nuestra pobre casa: hubiera sacrificado la mitad de mi existencia para poder cumplir su órden caritativa; pero no era dado ofrecerle esta prueba de mi gratitud.

Incliné la cabeza y marché silenciosamente por el arenoso sendero asido á la mano de mi madre, y aunque para reanimar mi valor ella me contaba muchas otras cosas de la gentil señorita, no pudo conseguir consolarme.

ALFONSO

IV

LAS heladas habian cesado y el sol habia hecho desaparecer la nieve de nuestros campos: la primavera iba á venir y con ella la angélica criatura que desde hacia siete meses vivia en todos mis pensamientos.

En mi impaciencia me paseaba todas las mañanas en los campos y los bosques para ver si las plantas primaverales daban ya alguna señal de despertar; espiaba las ramas de los árboles para ver si mostraban las verdes almendras que se despliegan luego en frondosas ramas; esperaba impaciente la primera hoja de anémona en el bosque, sabiendo que es la primera que se muestra al pié de las jóvenes encinas, seguía con los ojos á los pájaros para descubrir en su pico algun fragmento de paja, gaje de su confianza en la vuelta de la primavera.

Después de muchas noches frías, el aire se volvió mas dulce, y con grande alegría empecé á descubrir los signos del despertar de la naturaleza: bien pronto las violetas asomaron en el borde de los senderos y perfumaron el ambiente: los botones de oro esmaltaron la pradera y millares de margaritas, hicieron brillar sus estrellas de plata sobre el terciopelo verde de la yerba tierna: florecieron después el espino, el fresal, el almendro y la lielíguida: los albaricoques desplegaron poco á poco su follage y

los arbustos de la quinguilla mecieron coquetamente sus racimos de flores blancas que llenaban de un dulce perfume la fresca atmósfera del mes de Mayo.

El instante tan largo tiempo esperado no estaba, pues, léjos: cada día Rosa podia dejar la ciudad para venir á habitar el castillo, porque el grato embalsamado ambiente de la primavera y el claro sol invitaban de un modo irresistibile á irse á pasear á los campos.

Mas en vez de sentir nacer la alegría dentro de mi alma, yo sentia al contrario desfallecer mi valor y descender á mi corazon una inquietud secreta á medida que se aproximaba el instante deseado.

Ella iba á preguntarme:—¿Sabeis ya hablar?—y yo con la vergüenza en la frente, el corazon lleno de dolor y de despecho, me seria forzoso responderle por signos que era tan mudo como antes: una vez que esta idea nació en mí, el temor fué tomando proporciones insensatas porque nada ni nadie venia á combatirlo: algunas veces palidecia de repente, viendo surgir ante mis ojos la imágen de la pequeña Rosa y temblaba al oír salir de sus lábios la pregunta fatal:

—¿No sabeis aun hablar?

Volvíme triste, solitario, y estaba sumergido de continuo en sombrías meditaciones.

Hasta entónces me habia aplicado con ardor á tallar figuritas: como el cajon de la cómoda estaba lleno desde hacia largo tiempo, yo habia dado á mis hermanas las que me parecian de ménos mérito, y habia fabricado otras nuevas y mejores á mi juicio pero mi desaliento llegó á un grado que ya no tenia ni el valor ni el deseo de proseguir mi trabajo, y durante quince dias guardé en el bolsillo la Have de mi cajon, sin tocarla.

Mi angustia aumentó cuando un lúnes, al volver mi padre del mercado de la ciudad, nos trajo la noticia de que el sábado siguiente Mr. y Mme. Paveyn con su hija

llegarian al castillo: desde este instante se hubiera dicho que un mal secreto agitaba mis nervios con terribles sacudidas: veinte veces palidecía y temblaba en una hora sin causa aparente: mi madre me creía enfermo y me preparaba tisanas que me hacía tomar: yo bebía el remedio sin decir la causa de mi singular agitación; pero cuando podía, corría por los campos más lejos de mi casa y me ocultaba en los bosques como si en la soledad no oyera esta terrible pregunta:

—¿Todavía no sabéis hablar?

No acierto hoy á explicar lo que me sucedía; pero temiendo horriblemente la llegada de Rosa, y anhelando refugiarme en los bosques, para no hallarme de improviso en su presencia, me sentía arrastrado á pesar mío hácia los alrededores del castillo, y hácia el camino que ella debía seguir, para venir á nuestra quinta: cuando llegaba cerca de la magnífica morada, que ella debía habitar, huía; pero volvía muy pronto á los mismos sitios, sin casi tener la conciencia de ello.

Un día—era el mes de Mayo de 1806—había yo errado en los bosques desde el alba, y había llegado al fin, á la avenida del castillo: después de haber mirado por largo tiempo el edificio por detrás de un bosquecillo de celindas y de madreselvas, me había vuelto hácia el camino: había apoyado la cabeza en el tronco de un árbol, y miraba al suelo, sumergido en dolorosas reflexiones.

No sé cuanto tiempo permanecí así; pero fuí atraído á la realidad de la vida, por el son argentino de una voz, que gritaba á lo lejos con acento de alegría.

—¡Leon! Leon!

Era la voz de Rosa: la misma voz que me hablaba siempre en mis sueños: así es que no me dí prisa en volver la cabeza, creyéndola una ilusión de mis sentidos.

Pero cuando un pequeño movimiento me hizo volverme hácia el castillo, fuí atacado de un temblor convulsi-

vo, al ver á Rosa, á la misma Rosa, que entre un elegante caballero y una hermosa dama, y seguida de una criada, salía del jardín del castillo, y entraba en la avenida, Rosa tiraba al caballero de la mano, para correr hácia á mí; pero el caballero, que era su padre, la detuvo hasta el momento en que solo nos separaban algunos pasos: entónces, ya le fué imposible contener más largo tiempo la impaciencia de su hija: Rosa dió un salto, se puso á mi lado, y se apoderó de mi mano temblorosa: yo estaba lívido, y veía ya salir de sus labios la temida pregunta.

En efecto sus primeras palabras fueron:

—¿Sabéis ya hablar, Leon?

Dejé caer la cabeza sobre el pecho, y mis lágrimas silenciosas le dijeron que era tan mudo como antes.

—¡Pobre Leon! exclamó ella: no lloreis así, tened valor: el año pasado, habéis sabido pronunciar mi nombre: ya aprenderéis á hablar, poquito á poco.

En tanto que la niña hablaba, sus padres se habían aproximado á nosotros. Mr. Pavelyn puso su mano sobre mi cabeza, y me obligó por un dulce movimiento, á levantar el rostro hácia él, después que me hubo contemplado durante algunos instantes, dijo con un acento lleno de benevolencia.

—¿Es este el hijo de nuestro arrendador, que te ha dado el cura y el guarda campestre? por cierto que es un lindo muchacho! hermosos ojos! cabellos soberbios! ¿y es posible que no sepas hablar nada, pobre criatura? tan vivo, tan diestro como eres; será posible que permanezcas sin aprender á hablar toda tu vida? ciertamente que sería una gran desgracia! pero ¿por qué lloras, hijo mío? te han hecho algun daño?

—No, papá: llora porque no sabe hablar, dijo Rosa suspirando.

—Puesto que oye, y que ha sabido pronunciar tu nombre, no debe serle imposible el aprender: ya sabría acaso,

33249

si su familia se hubiera tomado un poco de trabajo; pero los aldeanos déjan á sus hijos casi abandonados, y ellos mismos no aprecian el valor de la palabra.

Al oír esto ya no pude contenerme mas: la acusacion me hirió cruelmente: traté, por toda especie de gestos y de gritos inarticulados, de demostrar al padre de Rosa, que la voluntad no me habia faltado, y que durante muchos meses habia hecho vanamente todos los esfuerzos posibles, para repetir otra vez el nombre de su hija.

Mr. Pavelyn me miró con asombro pero con una benevolencia evidente: mis ojos brillaban; mis movimientos estaban llenos de energía; y explicaba por medio de gestos, perfectamente comprensibles, que me dejaria cortar de buena gana el brazo derecho en cambio del don de la palabra: el padre de Rosa me tomó las manos, hizo cesar mis gestos, y me obligó á estar tranquilo; volvióse despues á su esposa, y ví que le decia:

—¡Pobre niño! es muy hermoso y muy interesante! y su madre que pretende que su cerebro está trastornado! no, se engaña con seguridad; este niño no es idiota; al contrario, su inteligencia es muy clara y muy preciosa.

La mirada que mis ojos lanzaron al padre de Rosa brillaba sin duda de un reconocimiento bien sincero, porque noté que el compasivo caballero se habia enternecido profundamente.

Sentíme de repente consolado, y lleno de un nuevo valor, y me disponia á explicar mi gratitud, por nuevos signos; pero Rosa habia vuelto á tomar mi mano; y me preguntó si habia fabricado nuevas figuras para ella.

Conté rápidamente por mis dedos, y le enseñé la llave para decirle que habia hecho muchas, y que se las guardaba en casa y cerradas para que nadie las viese mas que ella.

Rosa llena de curiosidad, rogó á sus padres que anduviesen aprisa, para ver, lo antes posible, las figuritas; aque-

llos accedieron á su deseo, y algunos instantes despues Mr. Pavelyn, entraba con su familia en nuestra humilde morada.

Sin atender á los saludos y reverencias de mis padres, yo me lancé á la cómoda; abrí el cajon que encerraba mi trabajo de seis meses, y empecé á arreglar todas las figuras sobre la gran mesa.

Coloquélas procesionalmente, como una caravana de personas y de animales en viaje; tantas habia, que el cortejo cubrió toda la mesa, y no quedó sitio para colocar en ella las casas y las iglesias.

Un asombro creciente se leia en los ojos de Rosa: y cuando pudo abrazar, de una sola mirada, toda esta riqueza, y yo la dije por señas, que era todo suyo; se puso á batir las palmas, y á saltar de alegría; esta alegría me hizo muy dichoso, y llegué á creer que habia hecho cosas realmente admirables, puesto que habia alcanzado tan completamente el fin de mis esfuerzos.

Explicué detenidamente á Rosa con mis gestos lo que significaba una caída de las figuras: hacia galopar á los caballos, remedaba al pastor reuniendo á las ovejas y colocaba á los pájaros en los tejados de las casas y en los campanarios de las iglesias como estaba acostumbrado á ver.

Rosa abria sus grandes ojos azules y miraba en silencio las escenas que representaba yo: parecíame enajenada de una alegría infantil, y un sentimiento de dicha infinita inundaba mi corazon: mis padres conversaban con Mr. y Mme. Pavelyn, y mis hermanos escuchaban atentos; Rosa y yo nos ocupábamos solamente de nosotros mismos, ella prestaba toda su atencion á sus muñecos y á mis juegos.

El sudor corria por mi frente con los esfuerzos que hacia para hacerle comprender claramente por señas lo que queria expresar: le enseñaba un cazador que iba á matar una liebre y despues el perro que iba á buscarla:

simulaba un combate entre dos soldados y les hacia mover sus grandes sables, el uno contra el otro: representaba yo sin duda esta escena de una manera muy viva y muy comprensible porque Rosa parecia conmovida y espantada: mas cuando uno de los soldados fué vencido por su enemigo, y cuando en su caída arrastró toda una hilera de vacas y de caballos, y otra de árboles y de casas, ambos dejamos escapar una carcajada y Rosa se puso á bailar de gusto: para aumentar su alegría yo me puse á correr y saltar al rededor de la mesa, lanzando gritos salvajes.

El ruido que hacíamos interrumpió la conversacion de los padres de Rosa con los míos: aquellos nos miraron con gran satisfaccion y parecieron agradablemente sorprendidos de ver á su hija encarnada de alegría y divirtiéndose locamente.

Mr. Pavelyn se acercó á la mesa, tomó algunas de las mas regulares y mejores figuras: las examinó con benevolencia, y meció la cabeza con aire de satisfaccion: despues, dándome un golpecito en el hombro, me dijo:

—¿Has hecho tú solo todo esto? Bravo muchacho! no es por cierto muy hermoso, pero hay algo en tí de artista: díganlo si no esos gendarmes que se adelantan con sus largas piernas: y ¿qué vas á hacer con toda esta legion de hombres y de animales?

Yo mostré á su hija con el dedo.

—Dice que todo es para mí, papa! exclamó Rosa, oh! qué bien podré yo jugar! Leon me enseñará como deben marehar los unos detras de los otros; cada uno en su sitio como están ahora.

—Pero Rosa, objetó su padre, ¿por qué hemos de despojar á este pobre niño de sus juguetes?

Yo corrí al otro extremo de la habitacion y tomé un cesto de mimbres en el cual reuní todas las figuras, alargándolo despues á Rosa: ésta vacilaba en aceptar mi re-

galo, mirando á su padre con aire interrogativo: durante un instante temí que rehusase mi pobre ofrenda y temblé de terror; pero junté mis manos y miré á Mr. y Mme. Pavelyn con un aire tan suplicante, y en mis ojos debia leerse un rasgo tan ardiente, que al fin llamaron á la criada que les habia seguido y que se hallaba cerca de la puerta, y le entregaron el cesto que contenia mis obras: yo levanté los brazos al cielo en señal de alegría y dejé oír un grito de triunfo.

Nuestro amo habló aun con mis padres, y habló de Rosa: todo lo que pude comprender fué que su hija era de una salud delicada y que estaba satisfecho, pues Rosa que ordinariamente tenia poca aficion á jugar, se habia divertido con mucha gana y animacion.

Al fin los esposos Pavelyn se levantaron para irse, y el padre de Rosa, tomándome la mano, me dijo en tono muy amable:

—Nosotros nos marchamos, Leon; pero mañana ven al castillo, á la una: Rosa te hará tambien un regalo en cambio del tuyo: es una cosa que hemos traído de la ciudad para tí: comerás con nosotros y jugarás con Rosa en el jardin. Adios, mi bueno y amable Leon.

—¡Leon! me gritó la niña al salir, hasta mañana ¡verás cuánto nos divertimos!

Yo me dejé caer, temblando, sobre una silla. ¡Iba á comer en el castillo, en la misma mesa que Rosa! sus padres me demostraban tanta compasion y tanto afecto como ella misma! yo, el mudo, era el escojido, el preferido entre todos mis hermanos!

Mi corazon cantaba con celestial armonía esta sola palabra: ¡Mañana! ¡mañana!